La primera accion en que manifestó su altivez, fué despedir toda la familia real, que hasta él se componia de gente mediana y plebeya: y con pretesto de mayor decencia se hizo servir de los nobles, hasta en los ministerios ménos decentes de su casa. Dejábase ver pocas veces de sus vasallos, y solamente lo muy necesario de sus ministros y criados, tomando el retiro y la melancolía como parte de la magestad. Para los que conseguian el llegar á su presencia inventó nuevas reverencias y ceremonias, estendiendo el respeto hasta los confines de la adoracion. Persuadióse á que podia mandar en la libertad y en la vida de sus vasallos, y ejecutó grandes crueldades, para persuadirlo á los demas.

Introduce que le sirvan los nobles.

Inventa nuevas ceremonias.

Impuso nuevos tributos sin pública necesidad, que se repartian por cabezas entre aquella inmensidad de súbditos; y con tanto rigor, que hasta los pobres mendigos reconocian miserablemente el vasallage, trayendo á sus erarios algunas cosas viles, que se recibian, y se arrojaban en su presencia.

Impone tributos intolerables.

Consiguió con estas violencias que le temiesen sus pueblos; pero como suelen andar juntos el temor y el aborrecimiento, se le rebelaron algunas provincias: á cuya sujecion salió personalmente, por ser tan celoso de su autoridad, que se ajustaba mal á que mandase otro en sus ejércitos; aunque no se le puede negar que tenia inclinacion y espíritu militar. Solo resistieron á su poder, y se mantuvieron en su rebeldía las provincias de Mechoacan, Tlascala y Tepeaca: y solia decir él que no las sojuzgaba, porque habia menester aquellos enemigos para proveerse de cautivos que aplicar á los sacrificios de sus dioses: tirano hasta en lo que sufria, ó en lo que dejaba de castigar.

Aborrécenle sus vasallos.

Provincias que se le rebelaron.

Habia reinado catorce años, cuando llegó á sus costas Hernan Cortés; y el último de ellos fué todo presagios y portentos de grande horror y admiracion, ordenados ó permitidos por el cielo para quebrantar aquellos ánimos feroces, y hacer ménos imposible á los Españoles aquella grande obra, que con medios tan desiguales iba disponiendo y encaminando su providencia.

Diferentes presagios de aquel tiempo.

CAPITULO IV.

Refiérense diferentes prodigios y señales que se vieron en Méjico, ántes que llegase Cortés: de que aprehendieron los Indios que se acercaba la ruina de aquel imperio.

Sabido quien era Motezuma, y el estado y grandeza de su imperio, resta inquirir los motivos en que se fundaron este príncipe y sus ministros para resistir porfiadamente á la instancia de Hernan Cortés: primera diligencia del demonio, y primera dificultad de la empresa. Luego que se tuvo en Méjico noticia de los Españoles, cuando el año ántes arribó á sus costas Juan de Grijalva, empezaron á verse en aquella tierra diferentes prodigios y señales de grande asombro, que pusieron á Motezuma en una como certidumbre de que se acercaba la ruina de su imperio, y á todos sus vasallos en igual confusion y desaliento.

Causas de la resistencia de Motezuma.

Duró muchos dias un cometa espantoso de forma piramidal, que descubriéndose á la media noche, caminaba lentamente hasta lo mas alto del cielo, donde se deshacia con la presencia del sol.

Horrible cometa.

Vióse despues en medio del dia salir por el poniente otro cometa ó exhalacion á manera de una serpiente de fuego con tres cabezas, que corria velocísimamente, hasta desaparecer por el horizonte contrapuesto, arrojando infinidad de centellas, que desvanecian en el aire.

Exhalacion diurna.

La gran laguna de Méjico rompió sus márgenes, y salió impetuosamente á inundar la tierra, llevándose tras sí algunos edificios, con un género de ondas que parecian hervores; sin que hubiese avenida ó temporal á que atribuir este movimiento de las aguas. Encendióse de sí mismo uno de sus templos; y sin que se hallase el orígen ó la causa del incendio, ni medio con que apagarle, se vieron arder hasta las piedras, y quedó todo reducido á poco mas que ceniza. Oyéronse en el aire por diferentes partes voces lastimosas, que pronosticaban el fin de aquella monarquía: y sonaba repetidamente el mismo vatinicio en las respuestas de los ídolos, pronunciando en ellos el demonio lo que pudo conjeturar de las causas naturales que andaban movidas; ó lo que entenderia quizá del autor de la naturaleza, que algunas veces le atormenta con hacerle instrumento de la verdad. Trujéronse á la presencia del rey diferentes monstruos de horrible y nunca vista deformidad, que á su parecer contenian

Hervores de la laguna.

Incendio notable.

Voces en el aire.

Diferentes monstruos.

significacion, y denotaban grandes infortunios : y si se llamaron monstruos de lo que demuestran, como lo creyó la antigüedad que los puso este nombre, no era mucho que se tuviesen por presagios entre aquella gente bárbara, donde andaban juntas la ignorancia y la supersticion.

Dos casos muy notables refieren las historias, que acabaron de turbar el ánimo de Motezuma : y no son para omitidos, puesto que no los desestiman el padre Josef de Acosta, Juan Botero, y otros escritores de juicio y autoridad. Cogieron unos pescadores cerca de la laguna de Méjico un pájaro monstruoso, de estraordinaria hechura y tamaño : y dando estimacion á la novedad, se le presentaron al rey. Era horrible su deformidad, y tenia sobre la cabeza una lámina resplandeciente á manera de espejo, donde reverberaba el sol con un género de luz maligna y melancólica. Reparó en ella Motezuma : y acercándose á reconocerla mejor, vió dentro una representacion de la noche, entre cuya oscuridad se descubrian algunos espacios de cielo estrellado, tan distintamente figurados, que volvió los ojos al sol, como quien no acababa de creer el dia : y al ponerlos segunda vez en el espejo, halló en lugar de la noche otro mayor asombro : porque se le ofreció á la vista un ejército de gente armada, que venia de la parte del oriente haciendo grande estrago en los de su nacion. Llamó á sus agoreros y sacerdotes para consultarles este prodigio : y el ave estuvo inmóvil, hasta que muchos de ellos hicieron la misma esperiencia ; pero luego se les fué, ó se les deshizo entre las manos, dejándoles otro agüero en el asombro de la fuga.

Pajaro monstruoso.

Pocos dias despues vino al palacio un labrador tenido en opinion de hombre sencillo, que solicitó con porfiadas y misteriosas instancias la audiencia del rey. Fué introducido á su presencia despues de varias consultas : y hechas sus humillaciones sin género de turbacion ni encogimiento, le dijo en su idioma rústico, pero con un género de libertad y elocuencia que daba á entender algun furor mas que natural, ó que no eran suyas sus palabras : « Ayer tarde, señor, estando en mi heredad ocupado en el beneficio de la « tierra, ví un águila de estraordinaria grandeza, que se abatió « impetuosamente sobre mí : y arrebatándome entre sus garras, « me llevó largo trecho por el aire, hasta ponerme cerca de una « gruta espaciosa, donde estaba un hombre con vestiduras reales « durmiendo entre diversas flores y perfumes con un pebete en- « cendido en la mano. Acerquéme algo mas, y ví una imágen « tuya, ó fuese tu misma persona, que no sabré afirmarlo ; aun- « que á mi parecer tenia libres los sentidos. Quise retirarme ate- « morizado y respectivo ; pero una voz imperiosa me detuvo, y « me sobresaltó de nuevo, mandándome que te quitase el pebete « de la mano, y le aplicase á una parte del muslo que tenias

Vision espantosa que refiere un labrador.

Razonamiento del labrador.

« descubierta. Rehusé cuanto pude el cometer semejante maldad ; « pero la misma voz con horrible superioridad me violentó á que « obedeciese. Yo mismo, señor, sin poder resistir, hecho entónces « del temor el atrevimiento, te apliqué el pebete encendido sobre « el muslo, y tú sufriste el cauterio sin despertar ni hacer movi- « miento. Creyera que estabas muerto, si no se diera á conocer la « vida en la misma quietud de tu respiracion, declarándose el « sosiego en falta de sentido. Y luego me dijo aquella voz, que « al parecer se formaba en el viento : Así duerme tu rey entregado « á sus delicias y vanidades, cuando tiene sobre sí el enojo de « los dioses, y tantos enemigos, que vienen de la otra parte del « mundo á destruir su monarquía y su religion. Dirásle que des- « pierte á remediar, si puede, las miserias y calamidades que le « amenazan. Y apénas pronunció esta razon, que traigo impresa « en la memoria, cuando me prendió el águila entre sus garras, « y me puso en mi heredad sin ofenderme. Yo cumplo así lo « que me ordenan los dioses. Despierta, señor, que los tiene ir- « ritados tu soberbia y tu crueldad. Despierta, digo otra vez, ó « mira cómo duermes : pues no te recuerdan los cauterios de tu « conciencia ; ni ya puedes ignorar que los clamores de tus pue- « blos llegaron al cielo primero que á tus oidos. »

Estas ó semejantes palabras dijo el villano, ó el espíritu que hablaba en él ; y volvió las espaldas con tanto denuedo, que nadie se atrevió á detenerle. Iba Motezuma, con el primer movimiento de su ferocidad, á mandar que le matasen, y le detuvo un nuevo dolor que sintió en el muslo, donde halló, y reconocieron todos estampada la señal del fuego, cuya pavorosa demostracion le dejó atemorizado y discursivo ; pero con resolucion de castigar al villano, sacrificándole á la placacion de sus dioses. Avisos ó amonestaciones motivadas por el demonio, que traian consigo el vicio de su orígen, sirviendo mas á la ira y á la obstinacion, que al conocimiento de la culpa.

Halla Motezuma en su persona la señal del fuego.

En ambos acontecimientos pudo tener alguna parte la credulidad de aquellos bárbaros, de cuya relacion lo entendieron así los Españoles. Dejamos su recurso á la verdad, pero no tenemos por inverisímil que el demonio se valiese de semejantes artificios para irritar á Motezuma contra los Españoles, y poner estorbos á la introduccion del Evangelio : pues es cierto que pudo, suponiendo la permision divina en el uso de su ciencia, fingir ó fabricar estos fantasmas y apariciones monstruosas ; ó bien formase aquellos cuerpos visibles, condensando el aire con la mezcla de otros elementos ; ó lo que mas veces sucede, viciando los sentidos, y engañando la imaginacion, de que tenemos algunos ejemplos en las sagradas letras, que hacen creibles los que se hallan del mismo género en las historias profanas.

Tuvo el demonio parte en estas ilusiones.

Turbanse los Mejicanos.

Estas y otras señales portentosas que se vieron en Méjico, y en diferentes partes de aquel imperio, tenian tan abatido el ánimo de Motezuma, y tan asustados á los prudentes de su consejo, que cuando llegó la segunda embajada de Cortés creyeron que tenian sobre sí toda la calamidad y ruina de que estaban amenazados.

Varios pareceres sobre la instancia de los Españoles.

Fueron largas las conferencias, y varios los pareceres. Unos se inclinaban á que viniendo aquella gente armada y forastera en tiempo de tantos prodigios, debia ser tratada como enemiga; porque el admitirla, ó el fiarse de ella, seria oponerse á la voluntad de sus dioses, que enviaban delante del golpe aquellos avisos, para que procurasen evitarle. Otros andaban mas detenidos ó temerosos, y procuraban escusar el rompimiento, encareciendo el valor de los estrangeros, el rigor de sus armas, y la ferocidad de los caballos; y trayendo á la memoria el estrago y mortandad que hicieron en Tabasco, de cuya guerra tuvieron luego noticia. Y aunque no se persuadian á que fuesen inmortales, como lo publicaba el temor de aquellos vencidos, no acertaban á considerarlos como animales de su especie, ni dejaban de hallar en ellos alguna semejanza de sus dioses por el manejo de los rayos con que, á su parecer, peleaban, y por el predominio con que se hacian obedecer de aquellos brutos, que entendian sus órdenes, y militaban de su parte.

Resuelve Motezuma despedirlos con otro presente.

Oyólos Motezuma, y mediando entre ambas opiniones, determinó que se negase á Cortés con toda resolucion la licencia que pedia para venir á su corte, mandándole que desembarazase luego aquellas costas, y enviándole otro regalo como el antecedente, para obligarle á obedecer: pero que si esto no bastase á detenerle, se discurriria en los medios violentos, juntando un ejército poderoso de tal calidad, que no se pudiese temer otro suceso como el de Tabasco: pues no se debia desestimar el corto número de aquellos estrangeros, en cuyas armas prodigiosas y valor estraordinario se conocian tantas ventajas; particularmente cuando llegaban á sus costas en tiempo tan calamitoso, y de tantas señales espantosas, que al parecer encarecian sus fuerzas, pues llegaban á merecer el cuidado y la prevencion de sus dioses.

Habla en prevenir ejército.

CAPITULO V.

Vuelve Francisco de Montejo con noticia del lugar de Quiabislan. Llegan los embajadores de Motezuma, y se despiden con desabrimiento. Muévense algunos rumores entre los soldados, y Hernan Cortés usa de artificio para sosegarlos.

Miéntras duraban en la corte de Motezuma estos discursos melancólicos, trataba Hernan Cortés de adquirir noticias de la tierra, de ganar las voluntades de los Indios que acudian al cuartel, y de animar á sus soldados, procurando infundir en ellos aquellas grandes esperanzas que le anunciaba su corazon. Volvió de su viaje Francisco de Montejo, habiendo seguido la costa por espacio de algunas leguas la vuelta del norte, y descubierto una poblacion que se llamaba Quiabislan, situada en tierra fértil y cultivada, cerca de un parage ó ensenada bastantemente capaz, donde, al parecer de los pilotos, podian surgir los navíos, y mantenerse al abrigo de unos grandes peñascos, en que desarmaba la fuerza de los vientos. Distaba este lugar de San Juan de Ulúa como doce leguas, y Hernan Cortés empezó á mirarle como sitio acomodado para mudar á él su alojamiento; pero ántes que lo resolviese, llegó la respuesta de Motezuma.

Vuelve Montejo de su viaje.

Pueblo de Quiabislan.

Vinieron Teutile y los cabos principales de sus tropas con aquellos braserillos de copal: y despues de andar un rato envueltas en humo las cortesías, hizo demostracion del presente, que fué algo menor, pero del mismo género de alhajas y piezas de oro que vinieron con la primera embajada. Solo traia de particular cuatro piedras verdes al modo de esmeraldas, que llamaban chalcuites; y dijo Teutile á Cortés con gran ponderacion, que las enviaba Motezuma señaladamente para el rey de los Españoles, por ser joyas de inestimable valor: encarecimiento de que se pudo hacer poco aprecio donde tenia el vidrio tanta estimacion.

Llega la respuesta y el presente de Motezuma.

La embajada fué resuelta y desabrida, y el fin de ella despedir á los huéspedes, sin dejarles arbitrio para replicar. Era cerca de la noche, y al empezar su respuesta Hernan Cortés, hicieron en la barraca que servia de iglesia la señal del Ave María. Púsose de rodillas á rezarla, y á su imitacion todos los que le asistian: de cuyo silencio y devocion quedaron admirados los Indios; y Teutile preguntó á doña Marina la significacion de aquella ceremonia. Entendiólo Cortés, y tuvo por conveniente que con ocasion de satisfacer á su curiosidad, se les hablase algo en la religion. Tomó

la mano el padre fray Bartolomé de Olmedo, y procuró ajustarse á su ceguedad, dándoles alguna escasa luz de los misterios de nuestra fe. Hizo lo que pudo su elocuencia, para que entendiesen que solo habia un Dios principio y fin de todas las cosas, y que en sus ídolos adoraban al demonio, enemigo mortal del género humano: vistiendo esta proposicion con algunas razones fáciles de comprender, que escuchaban los Indios con un género de atencion, como que sentian la fuerza de la verdad. Y Hernan Cortés se valió de este principio para volver á su respuesta, diciendo á Teutile: « Que uno de los puntos de su embajada, « y el principal motivo que tenia su rey para pro- « poner su amistad á Motezuma, era la obligacion con que deben « los príncipes cristianos oponerse á los errores de la idolatría, y « lo que deseaba instruirle para que conociese la verdad, y ayu- « darle á salir de aquella esclavitud del demonio, tirano invisible « de todos sus reinos, que en lo esencial le tenia sujeto y avasa- « llado, aunque en lo esterior fuese tan poderoso monarca. Y que, « viniendo él de tierras tan distantes á negocios de semejante cali- « dad, y en nombre de otro rey mas poderoso, no podria dejar « de hacer nuevos esfuerzos, y perseverar en sus instancias hasta « conseguir que se le oyese; pues venia de paz, como lo daba á « entender el corto número de su gente, de cuya limitada preven- « cion no se podian recelar mayores intentos. »

Habla fray Bartolomé de Olmedo en el punto de la religion.

Vuelve con este motivo á insistir Cortés en su jornada.

Apénas oyó Teutile esta resolucion de Cortés, cuando se levantó apresuradamente, y con un género de impaciencia, entre cólera y turbacion, le dijo: « Que el gran « Motezuma habia usado hasta entónces de su benignidad, tratán- « dole como á huésped; pero que determinándose á replicarle, « seria suya la culpa, si se hallase tratado como enemigo. » Y sin esperar otra razon, ni despedirse, volvió las espaldas, y partió de su presencia con paso acelerado, siguiéndole Pilpatoe y los demas que le acompañaban. Quedó Hernan Cortés algo embarazado al ver semejante resolucion; pero tan en sí, que volviendo á los suyos, mas inclinado á la risa que á la suspension, les dijo: « Veremos en qué para este desafío: que ya sabemos « cómo pelean sus ejércitos, y las mas veces son dili- « gencias del temor las amenazas. » Y entre tanto que se recogia el presente, prosiguió, dando á entender: « Que no conseguirian « aquellos bárbaros el comprar á tan corto precio la retirada de un « ejército español; porque aquellas riquezas se debian mirar como « dádivas fuera de tiempo, que traian mas de flaqueza que de « liberalidad. » Así procuraba lograr las ocasiones de alentar á los suyos: y aquella noche, aunque no parecia verisímil que los Mejicanos tuviesen prevenido ejército con que asaltar el cuartel, se doblaron las guardias, y se miró como contingente lo posible. Que

Despídese Teutile con desazon.

Anima Hernan Cortés á sus soldados.

nunca sobra el cuidado en los capitanes, y muchas veces suele parecer ocioso, y salir necesario.

Luego que llegó el dia, se ofreció novedad considerable que ocasionó alguna turbacion; porque se habian retirado la tierra adentro los Indios que poblaban las barracas de Pilpatoe, y no parecia un hombre por toda la campaña. Faltaron tambien los que solian acudir con bastimentos de las poblaciones comarcanas: y estos principios de necesidad, temida mas que tolerada, bastaron para que se empezasen á desazonar algunos soldados, mirando como desacierto el detenerse á poblar en aquella tierra: de cuya murmuracion se valieron para levantar la voz algunos parciales de Diego Velazquez, diciendo con ménos recato en las conversaciones: « Que Hernan Cortés queria perderlos, y pasar con su ambicion « adonde no alcanzaban sus fuerzas: que nadie podria escusar de « temeridad el intento de mantenerse con tan poca gente en los « dominios de un príncipe tan poderoso: y que ya era necesario « que clamasen todos sobre volver á la isla de Cuba, para que se « rehiciesen la armada y el ejército, y se tomase aquella empresa « con mayor fundamento. »

Despuéblanse las barracas de Pilpatoe.

Desazónanse los soldados.

Entendiólo Hernan Cortés, y valiéndose de sus amigos y confidentes, procuró examinar de qué opinion estaba el resto principal de su gente; y halló que tenia de su parte á los mas y á los mejores: sobre cuya seguridad se dejó hallar de los malcontentos. Hablóle en nombre de todos Diego de Ordaz; y no sin alguna destemplanza, en que se dejaba conocer su pasion, le dijo: « Que la gente del ejército estaba sumamente descon- « solada, y en términos de romper el freno de la obediencia; por- « que habia llegado á entender que se trataba de proseguir aquella « empresa: y que no se le podia negar la razon; porque ni el nú- « mero de los soldados, ni el estado de los bajeles, ni los basti- « mentos de reserva, ni las demas prevenciones tenian proporcion « con el intento de conquistar un imperio tan dilatado y tan pode- « roso: que nadie estaba tan mal consigo, que se quisiese perder « por capricho ageno: y que ya era menester que tratase de dar « la vuelta á la isla de Cuba, para que Diego Velazquez reforzase « su armada, y tomase aquel empeño con mejor acuerdo y con « mayores fuerzas. »

Los cabos y gente principal estuvo de parte de Cortés.

Habla Diego de Ordaz por los malcontentos.

Oyóle Hernan Cortés sin darse por ofendido, como pudiera, de la proposicion y del estilo de ella; ántes le respondió, sosegada la voz y el semblante: « Que estimaba su advertencia, « porque no sabia la desazon de los soldados; ántes « creia que estaban contentos y animosos: porque en « aquella jornada no se podian quejar de la fortuna, si no los tenia « cansados la felicidad; pues un viaje tan sin zozobras, lisonjeado

Responde Cortés artificiosamente.

« del mar y de los vientos, unos sucesos como los pudo fingir el « deseo, tan conocidos favores del cielo en Cozumel, una victoria « en Tabasco, y en aquella tierra tanto regalo y prosperidad, no « eran antecedentes de que se debia inferir semejante desaliento: « ni era de mucho garbo el desistir ántes de ver la cara del peligro, « particularmente cuando las dificultades solian parecer mayores « desde léjos, y deshacerse luego en las manos los encarecimientos « de la imaginacion. Pero que si la gente estaba ya tan desconfiada « y temerosa como decia, seria locura fiarse de ella para una em- « presa tan dificultosa: y que así trataria luego de tomar la « vuelta de la isla de Cuba, como se lo proponian, confesando que « no le hacia tanta fuerza el ver esta opinion en el vulgo de los « soldados, como el hallarla asegurada en el consejo de sus ami- « gos. » Con estas y otras palabras de este género desarmó por entónces la intencion de aquellos parciales inquietos, sin dejarles que desear hasta que llegase el tiempo de su desengaño: y con esta disimulacion artificiosa, primor algunas veces permitido á la prudencia, dió á entender que cedia para dar mayores fuerzas á su resolucion.

CAPITULO VI.

Publícase la jornada para la isla de Cuba. Claman los soldados que tenia prevenidos Cortés. Solicita su amistad el cacique de Zempoala: y últimamente hace la poblacion.

Manda Cortés publicar jornada para la isla de Cuba.

Poco rato despues que se apartaron de Hernan Cortés Diego de Ordaz y los demas de su séquito, hizo que se publicase la jornada para la isla de Cuba, distribuyendo las órdenes para que se embarcasen los capitanes con sus compañías en los mismos bajeles de su cargo, y estuviesen á punto de partir el dia siguiente al amanecer; pero no se divulgó bien entre los soldados esta resolucion, cuando se conmovieron los que estaban prevenidos, diciendo á voces: « Que « Hernan Cortés los habia llevado engañados, dándo- « les á entender que iban á poblar en aquella tier- « ra; y que no querian salir de ella, ni volver á la isla de Cuba: « á que añadian, que si él estaba en dictámen de retirarse, podria « ejecutarlo con los que se ajustasen á seguirle: que á ellos no les « faltaria alguno de aquellos caballeros que se encargase de su « gobierno. » Creció tanto, y tan bien adornado este clamor, que se llevó tras sí á muchos de los que entraron violentos ó persuadidos en la contraria faccion; y fué menester que los mismos amigos de Cortés, que movieron á los unos, apaciguasen á los otros. Alabaron su determinacion: ofrecieron que hablarian á Cortés para que suspendiese la ejecucion del viaje; y ántes que se entibiase aquel reciente fervor de los ánimos, partieron á buscarle asistidos de mucha gente; en cuya presencia le dijeron, levantando la voz: « Que « el ejército estaba en términos de amotinarse sobre « aquella novedad: quejáronse, ó hicieron que se « quejaban de que hubiese tomado semejante resolucion sin el « consejo de sus capitanes: ponderábanle como desaire indigno « de Españoles el dejar aquella empresa en los primeros rumo- « res de la dificultad, y el volver las espaldas ántes de sacar la « espada. Traíanle á la memoria lo que sucedió á Juan de Grijalva, « pues todo el enojo de Diego Velazquez fué porque no hizo « alguna poblacion en la tierra que descubrió, y se mantuvo « en ella; por cuya resolucion le trató de pusilánime, y le quitó « el gobierno de la armada. » Y últimamente le dijeron lo que él mismo habia dictado; y él lo escuchó como noticia en que hallaba novedad: y dejándose rogar y persuadir, hizo lo que deseaba, y dió á entender que se reducia. Respondióles: « Que « estaba mal informado; porque algunos de los « mas interesados en el acierto de aquella fac- « cion (y no los nombró por dar mayor misterio á su razon) le « habian asegurado que toda la gente clamaba desconsoladamente « sobre dejar aquella tierra, y volverse á la isla de Cuba: y que « de la misma suerte que tomó aquella resolucion contra su dic- « támen, por complacer á sus soldados, se quedaria con mayor « satisfaccion suya, cuando los hallaba en opinion mas conve- « niente al servicio de su rey, y á la obligacion de buenos Espa- « ñoles; pero que tuviesen entendido que no queria soldados sin « voluntad, ni era la guerra ejercicio de forzados: que cualquiera « que tuviese por bien el retirarse á la isla de Cuba, podria eje- « cutarlo sin embarazo: y que desde luego mandaria prevenir « embarcacion y bastimentos para el viaje de todos los que no se « ajustasen á seguir voluntariamente su fortuna. » Tuvo grande aplauso esta resolucion: oyóse aclamado el nombre de Cortés: llenóse el aire de voces y de sombreros, al modo que suelen esplicar su contento los soldados: unos se alegraban porque lo sentian así; y otros, por no diferenciarse de los que sentian lo mejor. Ninguno se atrevió por entónces á contradecir la poblacion; ni los mismos que tomaron la voz de los malcontentos acertaban á volver por sí: pero Hernan Cortés oyó sus disculpas sin apurarlas, y guardó su queja para mejor ocasion.

Claman contra ella sus amigos.

Bastó esta diligencia para la quietud.

Representacion de los medianeros.

Respuesta de Hernan Cortés.

Sucedió á este tiempo, que estando de centinela en una de las avenidas Bernal Diaz del Castillo y otro soldado, vieron asomar por el parage mas vecino á la playa cinco Indios que venian caminando hácia el cuartel: y pareciéndoles poco número para poner en arma al ejército, los de-

Vienen cinco enviados de Zempoala.

jaron acercar. Detuviéronse á poca distancia, y dieron á entender con las señas que venian de paz, y que traian embajada para el general de aquel ejército. Llevólos consigo Bernal Diaz, dejando á su compañero en el mismo sitio, para que cuidase de observar si los seguian algunas tropas. Recibiólos Hernan Cortés con toda gratitud; y mandando que los regalasen ántes de oirlos, reparó en que parecian de otra nacion, porque se diferenciaban de los Mejicanos en el trage; aunque traian como ellos penetradas las orejas y el labio inferior de gruesos zarcillos y pendientes, que aun siendo de oro, los afeaban. La lengua tambien sonaba con otro género de pronunciacion: hasta que viniendo Aguilar y doña Marina, se conoció que hablaban en idioma diferente, y se tuvo á dicha que uno de ellos entendiese y pronunciase dificultosamente la lengua mejicana: por cuyo medio, no sin algun embarazo, se averiguó que los enviaba el señor de Zempoala, provincia poco distante, para que visitasen de su parte al caudillo de aquella gente valerosa; porque habian llegado á sus oidos las maravillas que obraron sus armas en la provincia de Tabasco; y por ser príncipe guerrero, y amigo de hombres valerosos, deseaba su amistad: ponderando mucho la estimacion que hacia su dueño de los grandes soldados, como quien procuraba que no se atribuyese al miedo lo que tenia mejor sonido en la inclinacion.

Convida con su amistad el cacique de Zempoala.

Admitió Hernan Cortés con toda estimacion la buena correspondencia y amistad que le proponian de parte de su cacique, teniendo á favor del cielo el recibir esta embajada en tiempo que estaba despedido y receloso de los Mejicanos, celebrándola mas, cuando entendió que la provincia de Zempoala estaba en el paso de aquel lugar que descubrió desde la costa Francisco de Montejo, donde pensaba entónces mudar su alojamiento. Hizo algunas preguntas á los Indios para informarse de la intencion y fuerzas de aquel cacique: y una de ellas fué, ¿cómo, estando tan vecinos, habian tardado tanto en venir con aquella proposicion? A que respondieron que no podian concurrir los de Zempoala donde asistian los Mejicanos, cuyas crueldades se sufrian mal entre los de su nacion.

Era Zempoala paso para Quiabislan.

Primera noticia de las tiranías de Motezuma.

No le sonó mal esta noticia á Hernan Cortés: y apurándola con alguna curiosidad, vino á entender que Motezuma era príncipe violento, y aborrecible por su soberbia y tiranías: que tenia muchos de sus pueblos mas atemorizados que sujetos: y que habia por aquel parage algunas provincias que deseaban sacudir el yugo de su dominio: con que se le hizo ménos formidable su poder, y ocurrieron á su imaginacion varias especies de ardides y caminos de aumentar su ejército, que le animaban confusamente. Lo primero que se le ofreció fué ponerse de parte de aquellos afligidos; y

que no seria dificultoso ni fuera de razon el formar partido contra un tirano entre sus mismos rebeldes. Así lo discurrió entónces, y así le sucedió despues: verificándose, con otro ejemplo, en la ruina de aquel imperio tan poderoso, que la mayor fuerza de los reyes consiste en el amor de sus vasallos. Despachó luego á los Indios con algunas dádivas en señal de benevolencia: y les ofreció que iria brevemente á visitar á su dueño para establecer su amistad, y estar á su lado en cuanto necesitase de su asistencia.

Era su intento pasar por aquella provincia, y reconocer á Quiabislan, donde pensaba fundar su primera poblacion, por los buenos informes que tenia de su fertilidad; pero le importaba, para otros fines que iba madurando, adelantar la formacion de su república en aquellas mismas barracas, suponiendo que se habia de mudar la situacion del pueblo á parte ménos desacomodada. Comunicó su resolucion á los capitanes de su confidencia: y suavizada por este medio la proposicion, se convocó la gente para nombrar los ministros del gobierno: en cuya breve conferencia prevalecieron los que sabian el ánimo de Cortés, y salieron por alcaldes Alonso Hernandez Portocarrero y Francisco de Montejo: por regidores Alonso Dávila, Pedro y Alonso de Alvarado, y Gonzalo de Sandoval: y por alguacil mayor y procurador general Juan de Escalante y Francisco Alvarez Chico. Nombróse tambien el escribano de ayuntamiento, con otros ministros inferiores: y hecho el juramento ordinario de guardar razon y justicia, segun su obligacion, al mayor servicio de Dios y del rey, tomaron su posesion con la solemnidad que se acostumbra, y comenzaron á ejercer sus oficios, dando á la nueva poblacion el nombre de la *Villa Rica de la Vera Cruz*: cuyo título conservó despues en la parte donde quedó situada, llamándose *Villa Rica* en memoria del oro que se vió en aquella tierra, y *de la Vera Cruz* en reconocimiento de haber saltado en ella el viérnes de la Cruz.

Resuelve pasar por Zempoala á Quiabislan.

Trata de nombrar ministros para la nueva poblacion.

Toman posesion los nuevos ministros.

Asistió Hernan Cortés á estas funciones como uno de aquella república, haciendo por entónces persona de particular entre los demas vecinos: y aunque no podia fácilmente apartar de sí aquel género de superioridad que suele consistir en la veneracion agena, procuraba autorizar con su respeto aquellos nuevos ministros para introducir la obediencia en los demas: cuya modestia tenia en el fondo alguna razon de estado; porque le importaba la autoridad de aquel ayuntamiento, y la dependencia de aquellos súbditos, para que el brazo de la justicia y la voz del pueblo llenasen los vacíos de la jurisdiccion militar que residia en él por delegacion de Diego Velazquez: y á la verdad estaba revocada, y se mantenia sobre flacos cimientos, para entrar con ella en

Autorizalos Cortés con su respeto.

Conoce la flaqueza de sus títulos.

una empresa tan dificultosa. Defecto que le traia cuidadoso, porque andaba disimulado entre los que le obedecian, y le embarazaba en su misma resolucion para hacerse obedecer.

CAPITULO VII.

Renuncia Hernan Cortés en el primer ayuntamiento que se hizo en la Vera Cruz el título de capitan general, que tenia por Diego Velazquez: vuélvenle á eligir la villa y el pueblo.

El dia siguiente por la mañana se juntó el ayuntamiento con pretesto de tratar algunos puntos concernientes á la conservacion y aumento de aquella poblacion : y poco despues pidió licencia Hernan Cortés para entrar en él á proponer un negocio del mismo intento. Pusiéronse en pie los capitulares para recibirle : y él, haciendo reverencia á la villa, pasó á tomar el asiento inmediato al primer regidor, y habló en esta sustancia, ó poco diferente :

Entra Cortés en el ayuntamiento.

Hace dejacion del título de Diego Velazquez.

« Ya, señores, por la misericordia de Dios, tenemos en este consistorio representada la persona de « nuestro rey, á quien debemos descubrir nuestros « corazones, y decir sin artificio la verdad, que es el vasallage en « que mas le reconocemos los hombres de bien. Yo vengo á vuestra presencia, como si llegara á la suya, sin otro fin que el de « su servicio, en cuyo celo me permitireis la ambicion de no confesarme vuestro inferior. Discurriendo estais en los medios de establecer esta nueva república, dichosa ya en estar pendiente de « vuestra direccion. No será fuera de propósito que oigais de mí « lo que tengo premeditado y resuelto, para que no camineis sobre « algun presupuesto ménos seguro, cuya falta os obligue á nuevo « discurso y nueva resolucion. Esta villa, que empieza hoy á crecer al abrigo de vuestro gobierno, se ha fundado en tierra no conocida y de grande poblacion : donde se han visto ya señales « de resistencia, bastantes para creer que nos hallamos en una « empresa dificultosa, donde necesitaremos igualmente del consejo « y de las manos; y donde muchas veces habrá de proseguir la « fuerza lo que empezare y no consiguiere la prudencia. No es « tiempo de máximas políticas, ni de consejos desarmados. Vuestro primer cuidado debe atender á la conservacion de ese ejército que os sirve de muralla : y mi primera obligacion es adver- « tiros que no está hoy como debe, para fiarle nuestra seguridad « y nuestras esperanzas. Bien sabeis que yo gobierno el ejército « sin otro título que un nombramiento de Diego Velazquez, que « fué con poca intermision escrito y revocado. Dejo aparte la « sinrazon de su desconfianza, por ser de otro propósito; pero no « puedo negar que la jurisdiccion militar, de que tanto necesitamos, se conserva hoy en mí contra la voluntad de su dueño, y « se funda en un título violento que trae consigo mal disimulada « la flaqueza de su orígen. No ignoran este defecto los soldados; « ni yo tengo tan humilde el espíritu, que quiera mandarlos con « autoridad escrupulosa, ni es el empeño en que nos hallamos « para entrar en él con un ejército que se mantiene mas en la costumbre de obedecer, que en la razon de la obediencia. A vosotros, « señores, toca el remedio de este inconveniente : y el ayuntamiento, en quien reside hoy la representacion de nuestro rey, « puede en su real nombre proveer el gobierno de sus armas, « eligiendo persona en quien no concurran estas nulidades. Muchos sugetos hay en el ejército capaces de esta ocupacion; y en « cualquiera que tenga otro género de autoridad, ó que la reciba « de vuestra mano, estará mejor empleada. Yo desisto desde « luego del derecho que pudo comunicarme la posesion, y renuncio en vuestras manos el título que me puso en ella, para que « discurrais con todo el arbitrio en vuestra eleccion, y pueda asegurarnos que toda mi ambicion se reduce al acierto de nuestra « empresa, y que sabré sin violentarme acomodar la pica en la « mano que deja el baston : que si en la guerra se aprende el « mandar obedeciendo, tambien hay casos en que el haber mandado enseña á obedecer. »

Deja el título y el baston, y se retira.

Dicho esto, arrojó sobre la mesa el título de Diego Velazquez, besó el baston, y dejándole entregado á los alcaldes, se retiró á su barraca. No debia de llevar inquieto el ánimo con la incertidumbre del suceso : porque tenia dispuestas las cosas de manera, que aventuró poco en esta resolucion; pero no carece de alabanza la hidalguía del reparo, y el arte con que apartó de sí la debilidad ó ménos decencia de su autoridad. Los capitulares se detuvieron poco en su eleccion : porque algunos tendrian meditado lo que habian de proponer; y otros no hallarian que replicar. Votaron todos que se admitiese la dejacion de Cortés; pero que se le debia obligar á que tomase de nuevo á su cargo el gobierno del ejército, dándole su título la villa en nombre del rey, por el tiempo y en el interin que su magestad otra cosa ordenase : y resolvieron que se comunicase al pueblo la nueva eleccion, para ver cómo se recibia, ó porque no se dudaba de su beneplácito. Convocóse la gente á voz de pregonero : y publicada la renunciacion de Cortés, y el acuerdo del ayuntamiento, se oyó el aplauso que se esperaba, ó el que se habia prevenido. Fueron grandes las aclamaciones y el regocijo de la gente. Unos victoreaban al ayuntamiento por su buena eleccion : otros pedian á Cortés, como si se le negaran : y si algunos

Vota el ayuntamiento que se vuelva el cargo á Cortés.

Participase al pueblo esta resolucion.